

# capítulo 5

Desde aquel día Javier empezó a ir asiduamente a la sede de la secta, a la “nave”, como él la llamaba. Al principio se lo impuso como una obligación, pero desde que empezó a ser testigo de los hábitos y reacciones de los sectarios, y se iba percatando de cómo se les manejaba y manipulaba, se convirtió en una acuciante necesidad. Y lo hacía desde un lugar estratégico.

Se planteó conocerlos a fondo, observarlos con todo detalle, para poder actuar con éxito. Era difícil, quizá imposible, y él lo temía, pero haría todo lo que pudiera para que las probabilidades de fracaso fueran ínfimas.

Habló con los padres de Carlos y después de largas conversaciones, examinando los pros y los contras de sus decisiones, razonadas y discutidas por los tres, decidieron que lo mejor era alquilar un piso. Javier no podía ocultarse por más tiempo en la caja de un camión abandonado que, entre otros escombros,

había junto a la nave; daba el aspecto de tratarse de un basurero. Estaba demasiado cerca de ellos y corría, día tras día, un peligro innecesario que había que evitar.

Les llevó su tiempo pero al final encontraron un piso desde el que se podía ver sin obstáculos, aunque a cierta distancia, lo que acontecía en la "nave". Se trataba de un gran bloque que sobresalía como un coloso. Era la única construcción que rompía la perfecta alineación del lúgubre barrio; una casa antigua, color trigo, colocada en un lugar equivocado, hasta las ventanas amarillas desentonaban con el monótono tono de las otras viviendas. Por allí predominaban las casas pequeñas, pobres, casi se las podía denominar chabolas. Entre todas se alzaba, no majestuoso, porque también era mísero, el gran bloque, bautizado en el barrio como "la torre". Por ello a pesar de estar a unos doscientos metros de distancia, su visibilidad —desde la última planta— era privilegiada. Nada le impedía la visión del descampado y de la "nave". Era el enclave perfecto para observar.

Javier convirtió el salón de la vivienda en un observatorio. Compró unos prismáticos de gran alcance, con los que conseguían adentrarse por las ventanas altas, estrechas y rectangulares que bordeaban la fachada de la "nave". Acudía allí, una o dos veces los días laborables y pasaba íntegros los sábados, domingos y festivos y llegaba a olvidar las molestias de espalda provocadas por permanecer en la misma postura tantas horas.

Los padres de Carlos, muy a su pesar, no aparecerían por allí. Así lo decidieron, los tres, por precaución. Toda cautela era poca. Sabían que la más mínima imprudencia les podía costar la pérdida de Carlos. Pasaban horas recluidos en el piso, que ya no pertenecía a su hijo, y en el que ellos eran ya meros inquilinos. Tenían que pagar un alquiler. Y siguieron, afortunadamente, allí, gracias a Yolanda, la de la inmobiliaria, que habló con el nuevo dueño y le convenció para que firmara un contrato, por un año, para permitirles intentar recuperar a su hijo. José y Rosario sabían que al final, acabarían volviendo a la casa del pueblo —de allí salieron y allí dejarían sus restos— pero eso sería cuando lograsen recuperar o dar definitivamente por perdido a su hijo. Querían seguir en ese piso. Confiaban en que, si la razón se dignara a volver a Carlos, éste encaminaría sus pasos hacia aquella casa para recoger sus recuerdos.

El piso ya no era el mismo. Aunque todo seguía en su sitio, había cambiado mucho. Si algo quedaba de la alegría del pasado eran los colores vivos, donde los amarillos se mezclaban, continuamente, con los naranjas. Alegres cortinas de grandes estampados jugaban con la tapicería de sillas y sillones de enormes frutas de colores. Figuras modernas llenas de movimiento se alternaban con portarretratos que contenían fotos de amigos y familiares con gestos simpáticos. Colchas, cojines, muebles, puertas, ventanas, todo era una llamada al color. Pero el impacto de felicidad que producía aquel hogar se había velado desde que Carmen ya no estaba.

Mientras tanto Carlos seguía bebiendo los vientos por Teresa; su persistencia le llevó a conseguir que ella aceptara solicitar permiso al líder para formar pareja, lo que se le concedió inmediatamente. Fue algo inusual. Las parejas de hecho no existían, las formaba el Gran Padre, al azar, impidiendo así toda clase de sentimientos. Era una comuna donde nadie era de nadie y todos eran del líder. Quizás fuera coincidencia, dejadez, equivocación o simplemente que a la semana siguiente se iban a celebrar los rituales de las bodas y no repararon en que en ese enlace había lazos afectivos, ya que aparentemente la relación entre ellos no se diferenciaba nada con la que mantenían con el resto de los miembros. A penas se veían, era imposible levantar sospechas de su amor. Mejor dicho del amor o ceguera que Carlos sentía por Teresa.

Javier intuía algún acontecimiento importante. Llevaba unos días observando gran ajeteo; la tranquilidad del grupo se había roto desde hacía algunas semanas. No estaban cada uno en su sitio, no seguían los horarios ni ejecutaban su establecido circuito.

Llevaba mucho tiempo observándolos y había conseguido saber perfectamente el horario y las actividades de muchos de sus miembros, sobre todo lo relativo a los sectarios que giraban en torno a Car-

los; por coincidir turnos, compartir mesa, habitaciones contiguas... Pero sus dos inquilinos primordiales eran Carlos y Teresa. Ella sólo por lo concerniente a Carlos, ya que la estima que le tenía era nula. Nunca había odiado a nadie, ni había experimentado, hasta entonces, ese sentimiento en su interior, probablemente se lo había ganado a pulso; había destrozado a la persona que tanto quería.

Aquí los principios le habían abandonado y no lucharía contra ellos, Por primera vez alimentó ese odio que le daba valor y coraje para superar el dolor físico ocasionado por el agotamiento.

El domingo, muy temprano, se colocó en la ventana como tantas y tantas veces. No tardó ni diez minutos en percatarse de que “el gran día” había llegado. Había un movimiento inusual. Todo ocurría con celeridad. A las once en punto empezaron a aparecer –ocultando completamente el suelo del patio descubierto que estaba en el centro del edificio- mujeres con el mismo traje blanco. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Iban vestidas de novia. Se trataba de una boda, una boda multitudinaria, ciento dos parejas iban a contraer matrimonio. Todas las novias llevaban el mismo vestido blanco –idéntico. Luego se enteraría de que más del noventa por ciento no conocía a su cónyuge hasta el momento del enlace. Pero

lo que más le aterrorizó y le hizo estremecerse fue el hecho de ver las caras de las novias y comprobar que la mayoría de ellas no sobrepasaba los doce años.

Sintió un repentino e insoportable dolor de cabeza, ocasionado por el impacto tan tremendo que le causó esa imagen deprimente y desoladora. Tuvo que apartarse un poco hasta que pudo controlar la emoción y los pinchazos en las sienes fueron debilitándose. No consiguió que desaparecieran del todo, pero sí poder volver a contemplar el espectáculo. Esa imagen se fijaría en su mente para el resto de sus días. Sintió la insignificancia humana.

Manipulados como muñecos por un enfermo. Hitler y otros dictadores fluyeron por su memoria. Se preguntaba cuántos locos quedarían por aparecer y si llegaría alguno que nos arrastrará a todos y acabara con este mundo tan manipulable.

Los vio como muñecos de plastilina, maleables, moldeables al antojo de un demente. Los había creado a su imagen y semejanza: sin ojos, sin bocas, sin mentes. Sólo valía la carcasa, brillante, como en los coches de lujo, todos las tenían iguales, el mismo prototipo.

La obediencia al líder les hacía felices. Estaban radiantes. Formando interminables filas. Semejante a un desfile militar, con una única variante: los uniformes; el blanco de la novia contrastaba con el negro de su pareja.

La finalidad de ese acto era la “procreación”, agrandar la secta, también para ello necesitarían obtener permiso del líder.

Los hijos que nacieran se registrarían como hijos de madre desconocida, en cambio, el nombre del padre sería el mismo para el cincuenta por ciento; el del Gran Maestro -también llamado por esto el Gran Padre-, y para el resto se mezclarían los apellidos de otros padres, jamás los suyos biológicos, así impedirían que un ex sectario reclamara a su hijo, quedando todos bajo su poder. Era la trampa más rastrera que pudiera una persona idear. Pero la despersonalización les hacía verlo como normal. El líder era un ser tan superior y divino que era el “sumun” para sus hijos. Era su “Gran Padre”.

Javier los buscaba entre las parejas, presentía que estaban allí. Pero era inútil, todos eran Carlos y Teresa. Las mismas expresiones, los mismos trajes, los mismos movimientos se veían en sus labios, cuando repetían a la vez lo aprendido. Todos y ninguno era Carlos.

No logró verlos, pero por supuesto que allí estaban, como bien intuía Javier. Con sus sonrisas esbozadas como los demás. Habían sido milimétricamente medidas. Ninguno sonreía más que otro. Daba la impresión de haber una única pareja y el resto ser simplemente un juego de espejos que multiplicaba la imagen hasta el infinito. Cuánto hubiera dado Javier

porque hubiera sido así, sólo espejos e imágenes virtuales, efectos especiales y no físicos moldeados y cerebros torturados -pensaba mientras se limpiaba los ojos que se le habían llenado de lágrimas e intentaba deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Sólo una vez al año se celebraban los casamientos. El sacramento era oficiado por el líder, como representante de Dios. Dentro de unos meses daría la orden para procrear. Pero hasta que ese momento llegara únicamente les estaba permitida la unión con el Gran Padre, cuando éste lo solicitara y si tenían la suerte de ser los elegidos.

Carlos consiguió lo que quería; casarse con Teresa. Ahora le faltaba tener un hijo. Esto solo se permitía bajo las órdenes estrictas del líder.

A Carlos, como a todos los compañeros, le gustaba que el Gran Padre hiciera el amor con su pareja; sabía que, al penetrar a Teresa, la purificaba y preparaba el nido adecuadamente, para que después lo ocupara su bebé. El Gran Padre era el único que podía sembrar allí la bondad y el verdadero amor y cuando Él decidiera que todo estaba a punto les daría la divina orden para engendrar un hijo.

Es un hombre excelente -pensaba Carlos-: “Jamás llegaré yo a un estado de perfección como el suyo”. No sólo preparaba a Teresa para ser madre, sino a todas las mujeres. Se preocupaba por ellos. Tenía tiempo para todos. Solo un ser no humano, sino divino, era capaz de esto.



Con los hombres no estaba tan a menudo como con las mujeres; naturalmente tenían preferencia ellas, ya que el niño, el posible sucesor, se desarrollaría en su interior. Pero cuando sus ocupaciones se lo permitían daba lecciones de amor a los hombres para que la semilla que tenían que depositar en su pareja fuera correctamente sembrada y a la vez también la purificaba con su santidad. Al introducirles su semen, el receptor sufría una transformación y su espermatozoide quedaba contaminado con la luz de la verdad, el amor y la divinidad, lo que les permitiría que su hijo tuviera bastantes posibilidades de ser el sucesor.

Pero no todos conseguían esa gracia, solo los que tuvieran más valía. Los que estuvieran más cerca de Él. Aquellos que hubieran alcanzado el estado más puro.

## capítulo

## 6

Carlos trabajaba sin descanso, sus horas de trabajo se duplicaban como por arte de magia. Se iba a la imprenta siempre que tenía un hueco o lo sacaba -acortando el tiempo de su sueño o el de su comida-, para alcanzar una belleza interior sin tardanza. Había conseguido en unos meses lo que a la mayoría le costaba años. Su constancia y dedicación al líder habían sido ejemplares. Por ello se le premió. El primer día del mes de diciembre se encontraba trabajando en la imprenta cuando una música celestial invadió el recinto, todos pararon de trabajar porque sabían que algo milagroso iba a suceder. La música se detuvo de repente y una voz divina dijo su nombre, anunció que esta vez él era el elegido. Carlos no daba crédito a esas palabras. Cuánto tiempo llevaba esperando ese momento tan maravilloso. En su fuero interno creía que no lo conseguiría nunca. Deseaba mucho a Teresa, pero esto no tenía comparación. Llegar a compartir la verdad con Él era algo indescriptible.

La alegría intentaba hacerse hueco en su interior. No podía con tanta emoción. Se iba acercando la hora de su gran unión.

Se dirigió, con pasos ligeros, a la Sala de infantiles, a buscar a Teresa, sus pies parecían saltar sin apenas rozar el suelo:

- ¿Qué habré hecho yo para merecer semejante privilegio? -le dijo-. Voy a alcanzar la gracia más grande que existe en este mundo y la recompensa de asegurar la felicidad futura. "Yo", "He sido el Elegido" No puedo con tanta dicha... Tengo ganas de correr... y de llorar... Voy a entrar en una fase de total armonía y plenitud. Gracias a tu familia he encontrado la verdadera felicidad, la grandeza, la libertad. "Yo, con El Gran Maestro" Me uniré a Él. Queda menos de una hora. ¡Ojalá todo el mundo pudiera sentir lo que yo siento en este momento!... Desaparecería el odio. Entre todos podríamos vencer al mal y triunfar. Todos nos salvaríamos.

-Pero eso es imposible -respondió Teresa-; los de allá afuera no se dan cuenta del infierno que les espera. Están inmersos en una maldad tan grande que se están arrojando en picado a las llamas del infierno, al fuego eterno. No hacen nada para evitarlo. ¡No tienen salvación! ¡Son tan pocos los que nos escuchan! ¿Por qué estarán tan ciegos?

-Después de mi "unión celestial" seré diferente -prosiguió Carlos ensimismado en su emoción-. Lo que no he podido hacer hasta ahora con los otros, lo

conseguiré. Me seguirán todos aquellos que me vean resplandecer. La belleza y la perfección no necesitarán palabras. Me creerán y vendrán a mi lado. Podré salvar a miles de personas. Y mi “misión” será cumplida.

-¡Adelante, Carlos! ¡Ve con el Gran Maestro! —le dijo Teresa dándole la espalda para volver a su trabajo.

Carlos llevaba más de media hora esperando de pie en frente de la sala de la “Cúpula Sagrada”. Más que un hombre parecía una escultura policromada de cuerpo entero, rígido, petrificado, con una expresión absurda de “iluminado”.

Para Javier, que lo observaba con sus prismáticos, resultaba patético contemplarlo. No sabía de qué se trataba pero no le gustaba nada la imagen de su amigo-. Como diría José, estaba “robotizado”. No entendía qué le estaban haciendo, ni qué esperaba desde hacía tanto tiempo con ese rostro tan asombrosamente estúpido.

Siguió observando a Carlos - apenas sin pestañear- como si pudiera en algún momento, aprovechando un descuido de los que estaban con él, decirle algo, advertirle de lo peligroso que estaba resultando aquello. La unión visual le hacía sentirlo cerca, muy cerca, cómo si no lo hubiera perdido.

De repente la gran puerta se abrió, acompasando su apertura por la música celestial, a la que todos reaccionaban de la misma manera, con la más completa de las anulaciones. La despersonalización con esa melodía era total. Se trataba del mismo experimento que el adiestramiento del perro de Paulov. Carlos traspasó el umbral de esa gran puerta y con ello desapareció del campo de visión de Javier, al que le invadió una gran desazón al dejar de verlo. No podía quedarse quieto. Su nerviosismo era tremendo. Algo le decía que Carlos necesitaba ayuda, que estaba en peligro. Pero ¿Qué hacer? No podía invadir y asaltar la nave. No era quién para entrar. Y si lo intentara por curso legal sería más que imposible, inútil, ya que cuando la justicia quisiera intervenir, sería demasiado tarde.

Estaba nervioso mirando de un lado para otro, como esperando hallar una respuesta. En ese vaivén ocular sus ojos se fijaron en uno de los numerosos libros abiertos sobre la mesa, donde resaltaba un párrafo que él mismo había subrayado con rotulador amarillo fluorescente, lo volvió a leer en voz alta, como ratificando sus pensamientos, y se dejó envolver por la lectura.

Carlos no podía dar crédito a sus ojos; el Gran Padre estaba allí, formando parte del maravilloso lujo inusitado del recinto, radiante, resplandeciente como un gran Dios. La iluminación era tan perfecta que

parecía salir de su cuerpo. Rayos blancos rebotaban de su piel alumbrando toda la sala.

Estaba envuelto en una túnica dorada. La música se oía suavemente y a su ritmo nadaban multitud de peces de colores, todos ellos de tonos suaves y pasteles. Nada rompía la armonía. Todo era perfecto. Por un momento, Carlos pensó estar en el paraíso. Los peces recorrían una gran pecera que ocupaba toda la pared. Allí nada se movía sin belleza. Los pececillos semejaban a un gran ballet donde las bailarinas danzaban suavemente al ritmo de una melodiosa música, no era como en las peceras caseras donde todos circulan a su antojo, aquí los movimientos tan acompañados, tan dirigidos, se dirían estudiados, hacían a Carlos sumergirse en el fondo del mar. ¡Aquí se junta el cielo y la tierra! -pensaba-, se confunde la vida y la muerte. ¡La tierra prometida! ¡He alcanzado la vida eterna!

Las otras paredes estaban recubiertas con espejos, en forma de lunas gigantes, donde los peces se reflejaban, y unas luces de suaves colores se deslizaban dulcemente recorriendo toda la estancia. Sólo había un cuadro, un simpático cuadro, cuyo marco era el espejo de la derecha. A la altura de los ojos, incrustado en el propio espejo. Se trataba de los famosos querubines de Rafael. El detalle tan conocido que el pintor de Urbino añadió a su Madonna Sixtina, esos dos angelitos apoyados en una balaustrada y que tantas veces ha sido reproducido. Y a pesar de estar

tan manido no ha perdido la fuerza, ni la belleza, ni la sonrisa del que lo contempla. Allí la ingenuidad, la inocencia de los dos ángeles, hacía sonreír hasta a los más jóvenes, a veces tan cercanos a ellos. Estaba estudiado que aquel cuadro, rompiera el frío y relajara a los que allí iban a ser purificados.

¡Qué felicidad! -se decía Carlos- ¡Cuánto amor y paz se respiran aquí!

En el centro se encontraba la cama, de dimensiones extraordinarias, descomunales, en forma de corazón, recubierta con una colcha de raso azul celeste con numerosas estrellas doradas. La cama era iluminada con un potente rayo de luz que le caía, directamente, desde el cielo. Carlos sintió un escalofrío al pensar que estaba preparada para él y que toda esa fuerza de la sala la iba a recibir en escasos minutos. El momento se iba acercando.

Se encontraba extasiado, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, cuando la música se paró en seco. Comenzó a oír unos violines lejanos que se acercaban lenta pero gradualmente. Cuatro parejas de ángeles aparecieron. Carlos no los vio entrar, su blancura le deslumbraba; dos ángeles se dirigieron a él y los otros seis, al Gran Maestro, que acababa de aparecer en la estancia. Sus pasos eran firmes y seguros y de tal belleza que no cabía duda de su divinidad.

Con mucha delicadeza les despojaron a los dos de la ropa; unas manos blancas, suaves, acariciaban

sus cuerpos mientras los bañaban con esencias. Todos los ángeles eran mujeres; se trataba de niñas cuyas edades estaban comprendidas entre los doce y los catorce años, “purificadas”, “puras”. Habían sido las últimas vírgenes recientemente desvirgadas por el Gran Padre. Su pureza era visible, irradiaban una belleza a sus rostros y a sus manos que sus caricias y sus besos sobrecogían a Carlos.

Miles de besos recorrían todo su cuerpo, hasta el más recóndito rincón. Labios frescos e inocentes tan delicados como gotas de agua, se deslizaban suavemente por su piel.

De pronto se pararon; una se puso delante de él, apretando dulcemente su cuerpo contra el suyo y la otra hizo lo mismo por su espalda, contorsionándose al compás de la música. Fueron arrastrando poco a poco a Carlos hacía la gran cama. Dejándolo en ella como si no pesara, todo era espiritual, parecía como si su cuerpo y toda la materia hubieran desaparecido. Todo gravitaba... Todo volaba... Estaba acostado sintiendo las caricias de sus angelicales doncellas cuando se acercó el Gran Padre acompañado por sus ángeles. Estaba allí, a su lado, en el centro del gran corazón, con sus ángeles. Cuando por fin iba a ver su divino cuerpo, un foganazo que salió del cielo lo cegó y la música cambió a un ritmo rápido.

No sabía cuánto tiempo transcurrió, había perdido la noción, un vacío le invadió, estaba en éxtasis. Notó un dolor intenso, desgarrador, y se dio cuenta



que estaba siendo penetrado. El dolor le hizo contorsionarse y al levantar la cabeza, en el espejo vio reflejada su imagen; era bochornosa, se sintió arrastrado, domado.

El gran momento, tan esperado le estaba resultando asqueroso. Se sentía humillado, utilizado. ¡Violado!

Quería escapar, deshacerse de él... El Gran Padre... El reflejo de su cara; esas barbas y ese cabello blanco que hasta ahora le habían infundido respeto, le estaban resultando repulsivos. Gestos abominables hacían que su rostro encajara en un hombre al que vulgarmente calificaría de "baboso". Estaba viviendo uno de los mayores oprobios que puede una persona soportar. Pero algo en su interior frenó sus instintos —la fuerza física no le acompañaba— sabía que si hacía o decía lo más mínimo su vida correría peligro. Debía dejar terminar el ritual. No abandonaría un final inevitable. Los designios del Líder estaban marcados.

Sus ojos chocaron con la mirada de uno de los ángeles del cuadro de Rafael. Esos ojos se movían, estaban vivos, lo estaban mirando, lo estaban observando. Notó la "Divina Eyaculación", no pudo resistir el asco y una arcada le produjo un vómito. Deseó arrojar violentamente a su agresor y al vómito —que tuvo que retener en su boca y luego volver a tragar—. Siempre había sido muy escrupuloso, pero el asco que le provocaron los vómitos no fue comparable con la repugnante eyaculación. Guardaría su ira

y algún día se vengaría vomitando su humillación, su rencor y su violación.

Los gemidos del Gran Padre fueron la señal para que los ángeles se acercaran de nuevo, masajeando sus cuerpos de nuevo con esencias. El foco se apagó, sonó la primera música, la misma que oyó cuando entró en la sala. Todo volvió a la normalidad. Hasta los peces volvieron a nadar al compás del primer baile. Carlos comprendió que por fin todo había acabado.

Al Gran Padre lo introdujeron en una pequeña piscina de agua caliente, y a Carlos lo vistieron para llevarlo a otra habitación contigua, fuera de la sala, dónde permaneció tumbado, tal y como lo habían dejado, sin moverse, escuchando la repetición de una mima frase cientos de veces.

No sintió ninguna otra sensación, su mente volvió a vaciarse, quedando como estaba al principio y preparada para sumergirse en un plácido sueño. La bebida que le habían dado los ángeles antes de retirarse para siempre, le había producido mucho sueño. No podía controlar sus párpados, ni su cuerpo. Apenas abrió los ojos volvieron a darle de beber otro vaso que contenía la misma pócima y volvió a dejarlo dormido. Cuando, por fin, le permitieron despertar, todavía seguía la cinta con la misma frase repetitiva; un compañero le ayudó a levantarse y lo sacó del cuarto. Había pasado mucho tiempo, pero no sabía cuánto.

Se sentía muy raro, pero por más que lo intentaba no podía pensar en lo sucedido. Le extrañaba a la

vez que le daba rabia de no acordarse de nada y no poder disfrutar de su recuerdo. Pero de lo que estaba seguro era de que todo habría sido maravilloso.

Anduvo como un zombi por los pasillos e inconscientemente se dirigió hacia la habitación de Teresa. Ésta, al verlo llegar, exultante, salió a recibirlo con los brazos abiertos. Carlos nunca la había visto así, tan entregada, tan cariñosa.

No recordaba nada de lo sucedido y mucho menos al sentir el cuerpo de Teresa cerca del suyo, era la primera vez que se rendía a él y esto le reconfortaba.

Abrazada a Carlos, lo llevó a su alcoba. Allí se enteró que habían transcurrido tres días desde que entró en el cuarto de la "Cúpula Sagrada"; Al oír ese nombre Carlos se estremeció; y una imperiosa necesidad de vomitar le obligó a ir rápidamente al cuarto de baño.

Una vez tranquilo regresó, al lado de Teresa, que, eufórica, le pedía, insistentemente, la descripción detallada de su experiencia. Carlos no recordaba nada pero al intentarlo, otra vez volvieron los vómitos.

-Será mejor dejar esta conversación -dijo Teresa, dándose cuenta de que se ponía malo cada vez que surgía el tema-. Ahora siéntate y escúchame atentamente, tengo que contarte algo que llevas mucho tiempo esperando que suceda.

-Tiene que ser algo muy importante. Noto que tiembles. Dime ¿De qué se trata?

-He recibido el mensaje divino que nos permite engendrar un hijo.

-¡Teresa! -exclamó Carlos abrazándola.

Inesperadamente, un fogonazo de recuerdos se deslizó por su mente. Como mero espectador, los observó sin inmiscuirse, parecía que no iba con él pero le otorgaban el privilegio de contemplarlos.

No hubo más palabras, la cogió en brazos y la llevó a la cama. Los dos se desnudaron como si hubieran hecho el amor otras veces, como si se tratara de un acto habitual. ¡Su deseo de tener un hijo era tan grande! Era lo máximo que se les concedía a los mejores adeptos. Significaba que ellos eran aptos, que estaban en estado "puro", exentos de maldad, que habían conseguido eliminar todo lo nocivo que traían del mundo exterior. Por eso se les otorgaba la licencia para ampliar la stirpe. Sólo a los perfectos, a los casi divinos, se les permitía la unión.

Carlos acababa de ser purificado por el Gran Padre, una sola sesión fue suficiente; pero con Teresa le costó más. Ella, como la mayoría de las mujeres, estaba bastante mal. Su impureza, -según le informaron- cuando entró a formar parte del grupo, tocaba cotas muy altas, y la limpieza duró treinta días consecutivos. Pero afortunadamente el Gran Padre lo consiguió.

Los dos se sentían muy orgullosos. Entre aquellas ciento dos parejas que se unieron en matrimonio -hacía ya cinco meses-, sólo a veinte se les concedió permiso para su unión. Ahora, las escogidas deberían elegir el momento de mayor fertilidad de la hembra y sobre todo no dejarse llevar por el placer mundano, era absurdo. Debían concentrarse en la procreación, que debería ser rápida y perfecta.

De una manera tierna, dulce, pero sin arrebatos pasionales, ya que inconscientemente estaban programados para esto. A la vez que se entregaban sus cuerpos, se ausentaron, como si no fueran ellos; como fieles adeptos y reproductores escogidos culminaron su objetivo.

Una vez finalizada su unión, procedieron a vestirse, como si cumplieran órdenes, sin permanecer más tiempo uno al lado del otro.

Durante toda la semana se volvieron a unir, diariamente una o dos veces, para garantizar la procreación. Todos los días a la misma hora, sin preámbulos ni epílogos. Pasados los siete días, no volvieron a estar juntos.

El mes transcurrió muy lento, los días parecían no acabar, sin embargo sólo tuvieron que esperar quince días de retraso, para que Teresa, con seguridad, se atreviera a confirmar su embarazo.

## capítulo

# 7

La felicidad, para Carlos, había dejado de ser completa. Seguía trabajando en la imprenta. Lo que al principio le costó llorar, por sentirse rechazado, ahora le daba libertad. Cada vez agradecía más no escuchar los altavoces, ni tener que repetir las oraciones. Lo que tanto daño le había hecho ahora lo buscaba. Deseaba perderse en el ruido de las máquinas, concentrarse en su trabajo y olvidar al resto de sus compañeros, incluido al maestro. Sin saber por qué rechazaba su presencia y huía de todo lo relacionado con él.

La imprenta le daba alas, las letras le hacían creador y jugaba con las letras de molde para imprimir palabras, pensamientos que luego destruía. Tenía constantes altibajos, momentos en los que se le agobiaba —como si le faltase aire y necesitara traspasar el muro.

-Teresa —le dijo—, me voy a la oficina, es muy temprano, lo sé, pero tengo que terminar urgentemente un trabajo.

Al salir y pisar la calle, experimentó una sensación de libertad que hasta ahora la sentía, sólo, cuando estaba dentro de la nave. Se sintió bien. Algo había cambiado ¿Pero qué y por qué? Si allí tenía todo lo que necesitaba.

Carlos era una persona culta, no de fechas, ni de datos, sino de experiencias vividas, de numerosas inquietudes, la mayoría de ellas satisfechas. No había sido educado en la secta, como la mayoría de sus compañeros, que desde niños no conocieron otro mundo. Quizá fuera por eso por lo que, de vez en cuando, le asaltaba la duda.

Desde que entró jamás se había parado a pensar, todo se lo habían dado hecho. Los clichés fueron perfectos; le anularon completamente, le hicieron no sólo apartarse de los suyos, sino rechazarlos, odiarlos y llegar a reconocer a sus hermanos -como se llamaban entre sí- como su "familia ideal". Había trabajado como el mejor de los esclavos. Su explotación física y psíquica había sido todo un éxito. Pero ahora que Teresa esperaba un hijo ¡su hijo!, Carlos volvía a dejar despertar el amor por la paternidad, que yacía latente, que invernaba ocultado por el dolor.

Sabía que él había elegido estar allí, todavía no veía el engaño, ni la manipulación, pero empezaba a usar su mente, parecía estar dándole señales, era como si empezara a funcionar, lentamente, pero lo hacía. Ahora necesitaba tiempo.

No le gustaba la idea de que le arrebataran el bebé. Y eso que ignoraba que el registro, donde se inscribía a todos los recién nacidos, estaba bien estudiado. Impedía que los adultos escaparan, muchos por no dejar a sus hijos y si esto llegara a ocurrir, los niños quedarían retenidos ya que legalmente no podían ser reclamados.

Carlos, como el resto de los padres biológicos, había sido un mero semental, y también con su hijo se cumpliría la tradición de retirarle a la madre su bebé nada más nacer, para dárselo a otra mujer que lo criara y así evitar el más mínimo afecto y contacto entre ellos.

Sentía que no era todo como le había parecido hasta ahora. Empezaba a sentirse defraudado. Era un mar de dudas. Cada vez que se enteraba de que alguno de sus compañeros iba a entrar a la sala de la "Cúpula Sagrada" notaba algo extraño, un rechazo, algo en él parecía rebelarse. Seguía sin recordar lo que allí sucedió, pero sabía que fue algo desagradable, que se hallaba escondido en algún rincón de su atormentada mente.

Le fatigaba pensar. Estaba cansado. Trabajaba mucho. Tampoco entendía el porqué de ese trabajo tan inhumano. Observaba a los demás y todos tenían el mismo aspecto; estaban agotados. La tristeza predominaba en ellos y sólo se borraba, momentáneamente, cuando se unían a cantar o a llevar a cabo alguno de sus rituales. Empezaba a no gustarle muchas



cosas. Desde que supo que Teresa estaba embarazada, pasaba horas observando a los niños, se convirtió en una obsesión. Se les daba un trato frío. Ningún padre mantenía contacto con su hijo.

De vez en cuando le asaltaba un pensamiento hermoso; la primera vez que lo tuvo fue el mismo día de la purificación, era lo único que recordaba de aquel suceso. Pero pasaban los días y las semanas y no lograba identificar quién era esa persona. La misma sensación se repetía en sus sueños. Lo besaba —siempre en el cuello— y lo apretaba contra su cuerpo. Carlos se estremecía al recibir aquel calor humano tan extraordinariamente cálido que tenía olvidado y no recordaba haber sentido, ni siquiera los días que hizo el amor con Teresa. Constantemente se preguntaba quién era esa persona. Llegó a necesitar tanto aquella sobrecogedora ternura que ansiaba que llegara la hora de acostarse para volver a retomar ese sueño que cada vez se iba haciendo más nítido. Pero no era capaz de eliminar las barreras que impedían surgir los recuerdos.

Cuando cambiaba de actividad, intentaba ver a Teresa. Sus visitas eran fugaces; su horario cronometrado, casi al segundo, le impedían estar con ella. Se conformaría tan sólo con un beso, buscaba cariño, pero ella, desde el momento que supo que estaba embarazada, se había apartado de él; su frialdad era escalofriante, se sentía rechazado. No había en ella el

más mínimo atisbo de afecto. Lo trataba como a un desconocido. Carlos se sentía que había sido utilizado simplemente para engendrar.

Sus dudas se agrandaban a la par que lo hacía el vientre de Teresa. No le comentaba nada de esto a ella. No lo entendería. Era tan grande su pasión por el Gran Padre, que sabía positivamente que su duda llegaría a ocasionar su rechazo y que incluso le podría denunciar, y tenía miedo a sufrir castigos psíquicos, físicos, malos tratos, palizas... como había contemplado en algún caso similar.

Antes de ir a la oficina, Carlos paseaba sin rumbo, como otros muchos días, saboreando la libertad y cuál fue su sorpresa cuando, de repente, reconoció el portal de su casa. Miró a su alrededor esperando no ser visto. Giró bruscamente, tenía que desandar y borrar el error, por ello fue recogiendo las huellas de sus pasos para escapar cuanto antes. Encorsetado, entró en su despacho, sintió la necesidad de volver a escribir, tenía que desahogarse.

Javier lo observaba disimuladamente y con gran asombro lo vio coger su carpeta y sacar un folio. Se preguntaba qué le habría hecho escribir después de tantos y tantos meses. Cuando acabó la mañana, se quedó, como lo hacía antaño, escribiendo.

Javier salió del despacho sabiendo que volvería a por sus escritos. A primera hora de la tarde ahí estaba. Esta vez fue muy fácil. Abrió la carpeta, cogió los tres folios que había, los fotocopió y volvió a guardar los originales con gran cuidado, manteniendo el mismo orden, para que Carlos no notara lo más mínimo.

Ahora tenía que leerlos, pero allí no se atrevía y tampoco podía esperar a llegar a casa. Su estado de ansiedad se lo impedía. Así que se fue al servicio, se cerró con el pestillo y comenzó a leer el primer folio:

*“¿Los sentimientos se dicen, se expresan o se tiran?*

*No compartir los sentimientos es no compartir la vida.*

*Pisar el mismo suelo, tumbarte en el mismo lecho, compartir la comida, las idas y las venidas... pero esconder en una caja, todos los sentimientos, emociones y pensamientos...*

*¡Esa es mi vida!*

*La caja está cerrada, todo cabe, pero nada sale.*

*Perdí la llave hace mucho tiempo y a nadie le interesa forzarla.*

*Puede que sea mejor así, pues dentro sólo hay dolor, amargura, tristeza, mugre.*

*Pero la vida sigue, la caja crece y mi alegría se desvanece.*

*Pronto se llenará la caja, mi cabeza estallará y todo se acabará.*

*Pero... ¿Y si todo continuara igual?...”*

Se siente solo. Se lamenta de su situación, espero que vea que es insostenible -comentaba Javier para sí mismo, que, sin más, cogió el segundo escrito. Después lo releería y lo meditaría a fondo, pero ahora tenía que leer los otros:

*“¿Qué quiere decir una mano posada en tu cuerpo o un cuerpo encima del tuyo?*

*Eso borra, tapa, oculta o esconde el daño.*

*Sí, es una tapadera, pero el agua está hirviendo y al taparla se sale fuera.*

*El silencio quema, el dolor no escapa, sino que cicatriza.*

*Cicatrices que escuecen con el recuerdo, que aumentan y nunca desaparecen.*

*Hay quien dijo que “sobran las palabras” quizá debió decir que “A quien le sobran las palabras, le sobra también la vida”.*

Este nuevo escrito confirmaba su soledad y la gran incomunicación ¿con Teresa? o se referirá a todo el grupo -se decía Javier haciendo una ligera reflexión mientras colocaba las hojas para dar paso a la lectura del tercer y último folio:

*'Estoy atrapado, controlado, programado  
Esta situación es inaguantable,  
ser prisionero en tu única vida,  
no poder ser nadie, sino siempre ser otro  
y lo peor de esta esclavitud  
es TENER CABEZA.*

*La cabeza me estalla, no descansa,  
ella sabe que soy esclavo.*

*Gracias a ella no me vuelvo loco,  
pues cerrado en un cuerpo, sin poder expresar mis senti-  
mientos,*

*mi amargura tengo que callar, mi tristeza disimular y mi  
llanto tragar.*

*¿Dónde está esa válvula de escape que todos necesita-  
mos?*

*Hasta ahora creía que estaba en las palabras, en la co-  
municación.*

*Pero ¿qué pasa cuando hasta eso te controlan?*

*¡Oh! cabeza, mente o alma, no sé cómo llamarte, a pesar  
de conocerte tanto.*

*Eres la que más me atormenta, pero la única que me  
libera.*

*Podrán controlar y poseer mis movimientos, mis obras, sí,  
también mi cuerpo.*

*Pero JAMÁS mis pensamientos, mis sueños, mis ilusio-  
nes, ni mis sentimientos.*

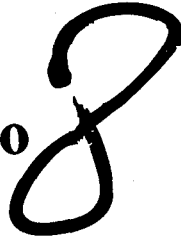
*Jamás seré tuyo, salvo que me vuelva loco.*

Los ojos le brillaron de alegría. El corazón parecía salirse del pecho, tenía que controlarse. Evitar ilusiones antes de tiempo. Carlos estaba hecho polvo, empezaba a pensar. Ahora podría intervenir, pues veía que el gran momento había llegado. Estos escritos pedían ayuda a gritos. Por fin se daba cuenta de su anulación.

Tenía que pensar, no ponerse nervioso. No podía fallar. Seguramente sólo tenía una oportunidad y estaba allí. No podía desperdiciarla. Tenía que obrar con cautela, sigilo y discreción pero a la vez con decisión.

Lo primero que haría sería ir a casa a revisar sus notas y todo lo concerniente a desprogramación, en resumidas cuentas: a estar preparado. Todo lo que había estudiado, todo lo que esos libros le habían enseñado había llegado el momento de llevarlo a la práctica.

## capítulo



Carlos se alejaba del grupo y se aferraba a aquel ser que habitaba dentro de Teresa, era suyo y lucharía por su libertad. El vientre crecía a la vez que su angustia por las reflexiones, devaneos y miedos, acerca del destino de su hijo, pero nada comparables con lo que sintió cuando Teresa desapareció.

La buscó, desesperadamente, a hurtadillas día y noche, arrastrándose para no ser visto, con los ojos desorbitados y el corazón desencajado pero manteniendo la eterna y necia sonrisa de sus compañeros.

Debía de haber amanecido, cuando dio con su paradero. Presentía que su hijo había nacido y temía que se lo arrebataran. Pasó largas horas escondido en la zona de los bebés, que estaba en los sótanos cerca de la imprenta. Al cabo de mucho tiempo. Salió una mujer que llevaba en sus brazos a dos recién nacidos. La siguió con la mirada y la vio entrar en el cuarto contiguo, que siempre permanecía cerrado. Al abrir la puerta, pudo ver, entre otras mujeres, a